



LOS ONCE AMORES NUEVOS

QUE TUVO UN ESTUDIANTE EN SALAMANCA.

Atencion, nobles amigos
 y leales camaradas,
 todo guapo enamorado
 ponga oido á mis palabras
 Yo soy aquel que presume,
 por quien la historia se canta,
 de los once amores nuevos,
 sin firmeza ni palabra;
 y sin referir mi nombre
 diré mi tierra y mi patria.
 Soy de una gran ciudad.
 que es el laurel y la palma
 en el universo mundo,
 por antigua, letras y armas;
 es su título de Arcos,
 noble, rica y celebrada.
 Nací, como he referido,
 en esta lucida patria,
 primavera de mis años,
 á enamorar comenzaba,

y en cualquiera regocijo
 tenia la puerta franca;
 componia dos mil versos
 á las doncellas y damas;
 unas me lo agradecian,
 y otras me regalaban.
 Quise casarme á este tiempo,
 y por ser las novias tantas,
 me pareció mejor medio
 el partirme á Salamanca
 á estudiar para buscar
 mujer que no tenga falta.
 Puse en venta mis haberes,
 y reducidos á plata,
 me dirigi con cien pesos
 á la noble Salamanca.
 Llegué á esta ciudad famosa,
 y embelesado en mirarla,
 tanto mancebo estudiante
 argumentando en sus plazas.

súmulas, lógica y leyes
y la teología sacra.
Salió á recibirme al punto
un maestro de gran fama
y despues de saludarme,
me ha preguntado qué causa
era la de mi venida,
si para estudiar en gracia
de Dios y en servicio suyo,
que se alegraba en el alma
Le dije: señor doctor,
no merezco dicha tanta,
que mi deseo es buscar
mujer que no tenga falta.
Se comenzó á santiguar,
y me dijo estas palabras:
mire bien lo que me ha dicho,
que esa es mucha arrogancia;
solo la Virgen Maria
pude haber sin tener tacha.
Mas yo le dije: no obstante,
si mis razones no enfadan
yo quiero mujer hermosa,
discreta, airosa y gallarda,
lindos ojos, buena boca,
blanca, dispuesta y bizarra,
que sepa hacer mil primores,
y que tenga dos mil gracias.
Que no sea ventanera,
melindrosa ni profana,
ni que nadie la aborrezca,
que no sea desgraciada.
Atento estuvo el maestro,
y con muy suaves palabras,
me respondió estas razones
con una alegría extraña:
quien tan buen estudio tiene,
¿qué viene á Salamanca?
—Señor, que las esperiencias
son las que ahora me faltan.
Me puso un libro en la mano
con eslabones de plata,
de todas las condiciones
que en el mundo son criadas.
Estudié catorce meses
lo que yo mas deseaba
el conocer las mujeres
solamente con mirarlas.

Me despedí del maestro,
para volver á mi patria,
y buscar por sus provincias
mujer de virtudes tantas.
En poco mas de dos meses
llegué á Córdoba la llana,
me acomodé á mayordomo
en una principal casa,
me trataron de casar
con una moza de sala,
linda como las estrellas;
dándola al pronto palabra,
me aproveché de mi estudio;
la deseché por dos faltas;
que es lo que mas aborrezco:
por floja y poco aseada.
Desde allí me fui á Sevilla
me han dicho es tierra larga:
me enamoré de una niña
por la música de un arpa:
y despues que la rendí
con favores y alabanzas,
la desprecié por muy viva,
melindrosa y remilgada.
Pasé á la villa de Utrera,
aquí no hice posada
porque ví muy malos pelos,
y pocas de buenas caras.
Pasé á la villa de Bornos,
aquí si que hay buenas danzas.
me acomodé luego al punto
con una moza hortelana:
me aceptaron para yerno
y yo que lo deseaba;
mas mirando yo mi libro,
y á la doncella la cara,
conoci que era fregona
y mal acondicionada,
amiga de cuentezuelos
y de andar siempre descala
y sin despedirme de ella
traspuse sin cobrar blanca.
Me fui á Moron y no hallé
cosa que á mí me agradara:
desde allí me pasé á Osuna
de comer pan de cebada
están todas amarillas,
descoloridas y flacas.

Pasé á la villa de Lora,
salpiqué al Genil las aguas
y ví un rico lavadero
de doncellas agraciadas,
de soles, lunas, luceros,
hasta la rodilla el agua;
las fui reparando á todas,
por ver si alguna me agrada;
por fin me enamoró una,
con estar de media gala;
trabamos conservacion,
entremetiendo palabras,
hasta que vino á decirme
que la llevase á la rauta;
lo hice de mil primores,
hasta llegar á su casa.
Registréla con la vista
la ví tan á la toscana,
que se me quitó el amor,
se me cayeron las alas
del corazon, y partime,
no parando hasta Granada.
Yendo á ver una comedia
que entonces representaban,
ví andar seis damas juntas
obligándome á la paga.
Ellas no lo agradecieron;
y yo con mi media espada
las aguardé á la salida
adonde primero estaba.
Me hicieron seña que fuese
siguiéndolas las pisadas;
llegamos á la Carrera,
cada cual se fué á su casa.
Pero como yo tenia
echada ya la atalaya,
casa de la mas bonita
llegué con achaque de agua;
me sacaron una silla,
me hicieron que me sentara,
hasta una vieja, su madre,
muy agraciada y muy franca.
Miré todos los rincones,
cuando me ví sobre un arca,
tapado con un pañuelo
un bonete y dos sandalias;
me asomé y salí huyendo,
que por tanto no parara

si no aiera en Ancoyera,
ciudad populosa y larga.
Allí me estuve tres meses,
requiebrando á una zagala,
que era un diamante en ase,
una diosa en semejanza.
La pedi y el sí me dieron;
y por la primera entrada
la dí un doblon para guantes,
y en menos de una semana
en dulces y arreboletas
no me quedó ni una blanca.
Aquesta por ser golosa
la dejé estando otorgada.
Fui á Alcalá de los Gazulea,
adonde con una dama,
por tener los cabos negros
me fui, y la dejé burlada.
Pasé á Medina-Sidonia,
y aquí no hice parada,
porque ví en lugar corto
mucha gente de sotana.
Pasé á la ciudad de Cádiz,
lo mejor que el cielo tapa,
tuve amor á una francesa
blanca, rubia y colorada,
que se casara conmigo
si la vida no le falta;
me dió un abrazo en memoria
de sus firmes esperanzas.
Caminé al embarcadero,
me embarqué con vigilancia
para este Puerto famoso
de Santa María mapa.
Andándome paseando
ví al balcon muy asomada
una extranjera, que Venus
se admira, y no se adelanta,
ni mis dos ojos pudieron
hallar en mi libro nada.
La dije: blanca azucena,
lucero de la mañana,
fresco Paraiso hermoso,
pincel que á Maltea esmalta;
quisiera en esta ocasion
ser un principe ó monarca,
solamente por servirte
y dejarte coronada

por reina de las mujeres
y princesa de las damas;
en mí tendrás un esclavo.
Ha respondido con gracia:
todas aquestas finezas
me obligan, mas no me agradan;
voluntad es la que estimo,
que yo soy la venerada,
y así, para ser mi esposo
no me bastan las palabras.
Entre los dos concertamos
que una noche la sacara;
se despidió muy alegre,
y á otro día de mañana
saqué un corte de vestido
para la ocasion trazada,
se lo llevé que lo hiciese,
pero como agena estaba
de la labor, nunca pudo,
y solo por esta causa
la dejé, y me fui aburrido,
perdidas las esperanzas
de no casarme en mi vida,
sino ir á sentar plaza
y acabar siendo soldado
la vida que me faltaba.
Fuí á Jerez de la Frontera
donde un capitan estaba,
y me alisté en sus banderas
soldado para ir á Italia.
Apenas entré en el lance
llegó una mujer tapada
á pedirme una limosna,
y alargué la mano á darla:
llegó el alguacil mayor
y un ministro en su compañía,
me dijo: señor mancebo,
¿qué hace aquí con esa dama?
Ella dijo: es mi marido:
y solo por esta causa

FIN

MADRID. — Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.

me llevaron á la carzel,
me entraron en una sala,
me cargaron de prisiones,
hasta que di palabra
me casaria con ella,
mas de fuerza que de gana.
Me casaron como un bruto,
y por no verla la cara
me ponía unos anteojos,
con la pared me abrazaba,
haciendo oracion y ayunos
porque Dios se la llevara.
Salí un dia á divertirme,
y vine á las doce dadas,
la hallé echada y durmiendo,
y como enojado estaba,
cogí una vara de fresno,
la baqueteé la lana
con tan buen baile de cuenta
que la dejé coja y manca,
ella, que es tuerta y tiñosa,
quedó como una fantasma.
Salíme aburrido al campo,
y á otro dia de mañana
vine á ver si habia muerto,
no se me apeste la casa,
y la hallé con un galan
compuesta y aderezada.
La maté, Dios la perdone,
mujer que ha sido tan mala.
Con que me volví á Arcos
sin cuartos, mujer ni blanca
Y si acaso algun galan
quisiere mujer sin falta,
le venderé este librito
que traje de Salamanca,
que en el sobre-escrito tiene:
«Destierro de la ignorancia;
solo la Virgen Maria
pudo haber sin tener mancha.»